¿Qué hacer en momentos de Angustia? – Charles Spurgeon

La Esperanza en la Angustia: Reflexiones sobre Robinson Crusoe y el Salmo 50:15

La historia de *Robinson Crusoe* no es solo una aventura de supervivencia, sino una profunda alegoría espiritual sobre la relación del ser humano con Dios en los momentos de desesperación. El texto se relaciona directamente con el Salmo 50:15: «E invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás», un versículo que resuena en el corazón del protagonista cuando se encuentra completamente solo y perdido. Crusoe, tras naufragar y enfrentarse al aislamiento en una isla desierta, encuentra consuelo al abrir la Biblia y orar por primera vez en su vida. En ese instante, su historia se transforma de un relato de soledad a un testimonio de redención espiritual. El autor, Daniel Defoe, siendo ministro presbiteriano, enfatiza la importancia de volver los ojos a Dios cuando el alma se encuentra quebrantada. Este acto de fe refleja que, aun en la más cruda desesperanza, existe una invitación constante de parte de Dios a confiar y clamar a Él.

Invocar a Dios en el día de la angustia

La promesa contenida en el Salmo 50:15 no es exclusiva para héroes literarios como Crusoe. Es una palabra viva para toda persona que se sienta sumida en la angustia: ya sea por la pobreza, el dolor, la enfermedad o la pérdida. El mensaje es claro: cuando el alma está herida y no encuentra salida, Dios

extiende su mano y dice: «Invócame». La desesperación puede ser una prisión que ciega la esperanza, una mentira que susurra que Dios ha olvidado ser misericordioso. Pero la realidad es que sus misericordias son nuevas cada mañana, y su fidelidad permanece. Aquellos que claman con sinceridad encuentran no sólo liberación, sino también una razón para honrar al Dios que responde. Esta promesa, tan poderosa y consoladora, debería estar en los labios de todos, como un faro en medio de la oscuridad emocional y espiritual.

Realismo espiritual por encima del ritualismo vacío

Una de las grandes enseñanzas del Salmo 50 es la preferencia de Dios por la oración sincera sobre las ceremonias vacías. El texto denuncia el ritualismo sin corazón, mostrando que el Señor no se complace en sacrificios sin fe ni en actos religiosos sin verdad interior. Las formalidades pueden impresionar a los hombres, pero no a Dios. Lo que Él busca es un corazón quebrantado que clame desde lo más profundo. En contraste con las elaboradas ceremonias que pueden verse en algunas iglesias, con incienso, vestiduras y coros, Dios escucha con atención la oración simple y genuina de alguien que sufre. El gemido del afligido tiene más poder espiritual que todo el aparato litúrgico sin fe. El verdadero culto es espiritual, no externo. Una lágrima honesta, un suspiro de fe, tienen más valor ante Dios que mil palabras decoradas sin sinceridad.

El poder del clamor sincero y humilde

La oración que nace de la angustia tiene una fuerza especial porque está impregnada de humildad. El ser humano, al reconocer su incapacidad de salvarse a sí mismo, se presenta

ante Dios tal como es: frágil, necesitado y dispuesto a recibir ayuda. En ese punto de quiebre, la oración se vuelve real, cargada de fe, aunque sea una fe débil y temblorosa. Dios no desprecia al que se acerca con corazón contrito; al contrario, responde con ternura y poder. En momentos de gran necesidad, incluso el incrédulo puede ser tocado por la gracia si se atreve a invocar el nombre del Señor. La tribulación purifica la oración, elimina la hipocresía y deja solo lo esencial: un alma clamando por salvación.

La promesa de liberación

El texto no solo ofrece consuelo; promete acción divina. «Te libraré», dice el Señor. Esta promesa transforma la adversidad en una oportunidad para experimentar la gracia. Dios no promete evitar la angustia, pero sí librar en medio de ella. Así como el oro es purificado en el fuego, el alma es fortalecida en la prueba. El clamor en el día de la angustia puede surgir de problemas familiares, pérdidas económicas, enfermedades o tentaciones. Pero cada situación difícil es un terreno fértil para que Dios actúe y se glorifique. Argumentar con Dios usando sus propias promesas, como hizo Job o David, es parte de esa relación viva y real. Él ha prometido ayudar, y no se burla de quienes claman a Él.

Dios es fiel a su palabra

Cuando Dios promete, se compromete. No es hombre para mentir, ni hijo de hombre para arrepentirse. La palabra dada por Él es una cuerda inquebrantable que sostiene al que cree. La invitación a clamar en el día de la angustia es universal, sin excepción de persona ni condición. Incluso el más pecador, el más apartado, puede encontrar misericordia si se vuelve a Dios con sinceridad. La liberación puede no ser inmediata, como fue el caso de Daniel en el foso o José en la cárcel, pero siempre llega en el tiempo perfecto de Dios. La fe, por tanto, es

necesaria para esperar con esperanza, sin desesperar en la demora. Dios siempre llega a tiempo, aunque a veces lo haga en el último momento, como solo un Padre sabio puede hacerlo.

El convenio entre Dios y el hombre

Este versículo encierra un pacto simple pero poderoso entre el hombre y Dios. El hombre clama, y Dios responde. Pero no termina ahí: el hombre, al ser librado, honra al Señor. Es una relación de amor y confianza donde Dios se glorifica en su poder y el ser humano se humilla en gratitud. La gloria no es para el que ora, sino para el que responde. No hay mérito humano en la salvación ni en la liberación, sólo gracia. Por eso, todo el honor debe ser rendido al Señor. La oración verdadera no sólo busca ayuda, también reconoce al Salvador como digno de toda gloria y honra.

La gloria es solo de Dios

Dios no comparte su gloria con nadie. Cuando alguien es rescatado del pecado, de la miseria o del peligro, debe reconocer que todo ha sido por la misericordia divina. Es necio atribuirse a uno mismo la victoria espiritual. Incluso la fe, aunque pequeña, es un regalo de Dios. Por eso, los salvados están llamados a testificar, a contar lo que el Señor ha hecho por ellos. Dar gloria a Dios es la respuesta natural de un corazón agradecido. Así, toda salvación, toda liberación, todo milagro, es una oportunidad para que el cielo y la tierra alaben al único digno.

Clama a Dios: Él responderá

Si estás en angustia, si ya no sabes qué más hacer, clama. No necesitas palabras elocuentes, solo un corazón sincero. Dios escucha incluso el suspiro de una oración verdadera. A través de Jesucristo, puedes acercarte con confianza al trono de la

gracia, recibir perdón, paz y liberación. Y cuando Él responda, como lo prometió, honra su nombre, cuéntalo, y vive para su gloria. Porque el Dios que escuchó a Robinson Crusoe en una isla desierta es el mismo que hoy te dice: *Invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás.*